

Morueña Estríngana



Apuesto por el amor

LOS HEREDEROS RINALDI 1



booket

Moruená Estríngana

Apuesto por el amor

Los herederos Rinaldi 1



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngena, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2024

Depósito legal: B. 14.341-2024

ISBN: 978-84-08-28890-9

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

YVANIA

Aparco mi coche de segunda mano... Bueno, creo que cuando pasa por tantas manos ya no se debería considerar de segunda mano, pero al menos gracias a él puedo ir de un lado a otro y tengo cierta autonomía, si consigo ignorar el olor a patatas fritas y que la música no funciona. Antes era un vehículo para el reparto de comida que usaban mi familia y los empleados del restaurante, pero no lo trataron muy bien. Sobre todo, mi hermano mayor, Dimas.

Mis padres tienen una hamburguesería en el pueblo y este coche era el de mi hermano mayor. Lo utilizaba para llevar pedidos a las casas, él y otros trabajadores, y siempre que necesitaban un vehículo se lo llevaban.

No quiero saber lo que ha visto este viejo coche.

En el techo había un cartel con el nombre del local: MAC DE CRAIG. Una gracia de mi padre para que la gente le diera una oportunidad.

El negocio le fue bien y por eso mi hermano no qui-

so estudiar en la universidad, pero yo siempre supe que quería algo más que freír patatas y carne.

Mis padres también, y es por eso por lo que siempre han ahorrado para mi universidad. Aunque de ese dinero han ido cogiendo para imprevistos, lo que ha hecho que, al no concederme la beca, deba trabajar mientras estudio para pagarme las clases.

No me dieron la beca porque no tenía nada destacable. Era solo lista y necesitaban algo más. Algo que demostrara que era especial. Vamos, que esperaban de mí que fuera deportista o algo así, porque por todos es sabido que a los jugadores de fútbol americano les dan becas si son buenos jugadores.

Es algo que me parece injusto, ya que no a todo el mundo le gusta deporte.

Sea como sea, aquí estoy. Sola para empezar mi nueva vida.

Nunca reconoceré que estoy cagada. Eso es algo solo para mí.

Saco mis cosas y las llevo hasta la residencia de estudiantes donde viviré.

Mi prima Romina me espera en la puerta vestida con el chándal de las animadoras.

Al verme, corre hacia mí y me quita la caja para dejarla en el suelo y abrazarme con fuerza.

—Estás preciosa —me dice mirándome con detenimiento. Sin duda, buscando los kilos de más que he perdido—. No pareces tú. No es que antes estuvieras mal...

—No pasa nada por decir que antes estaba gorda —le aseguro, aunque por dentro me molesta pensar que la gente se refería a mí como «la gorda» solo por tener una talla cuarenta y cuatro.

—Sí, pero ahora no lo estás. Estás más bonita. —Aca-

ricia mi pelo color trigo y deja claro que mi belleza solo reside en mi peso.

Odio esto. Odio sentir esta presión.

Hasta hace un segundo ni me acordaba de que un día estuve más rellenita. Era solo una chica que empezaba en la universidad, pero ahora mi prima me recuerda un amargo pasado donde para la gran mayoría de mi pueblo era «la gorda esa»; como si aprenderse mi nombre fuera demasiado, porque los adjetivos despectivos hacen que nos olvidemos de la educación.

Romina y yo somos primas lejanas. Su madre y la mía son primas segundas, o algo así. Nos hemos visto alguna vez en bodas o reuniones familiares y, cuando anuncié que iba a estudiar aquí, mi madre llamó a su prima para que avisara a su hija. Es un año mayor que yo, y así podría cuidarme.

Aunque mi madre alegó que era para que hiciera mi vida más fácil aquí.

Cojo mis cosas y entramos.

Al llegar a mi cuarto, mi prima pone caras al ver la parte de mi compañera. Tiene todo hecho un desastre y una pizza medio comida en el suelo.

—Deberías echar la solicitud para entrar en mi equipo de animadoras. Ahora que estás delgada, seguro que no tienes problemas para aprenderte los pasos sin toda esa grasa que te impedía moverte.

La miro pensando si mi prima tiene más de dos neuronas en la cabeza. Tener sobrepeso nunca me impidió llevar una vida normal.

—Cuando era gorda tampoco tenía problemas para aprenderme los pasos. Era gorda, no estúpida.

—Lo siento. Es que no sé cómo decir las cosas para no ofenderte.

—Es que no sé por qué mi físico debe ser tema de conversación. Y menos porque ahora parece que de pronto encajo en esta sociedad por estar más delgada.

Uso una talla cuarenta. Mi cuerpo se niega a perder más peso, a menos que me pase días sin comer.

Lo he hecho en alguna ocasión, hasta casi desmayarme, y no quiero caer en eso otra vez. He aceptado que todo lo que como me engorda, y que la solución no es no comer.

—Eres muy bonita así, aunque, claro, tienes que cuidarte mucho, porque las personas como tú pronto se ponen otra vez como una bola. —Hincha la cara y se ríe por su gracia.

Yo la miro y me pregunto si de verdad tenerla aquí hará mi vida más fácil o me la complicará.

—Perdí peso por salud. No soy tan tonta como para volver a cogerlo y arriesgarme a estar mal.

Tenía el colesterol un poco alto y en buena medida fue porque mis padres, cansados de cocinar todo el día en la hamburguesería, llegaban a casa sin ganas de hacer nada de cenar y con un montón de sobras. Tanta comida basura hizo mella en mí. Me tocó aprender a cocinar más sano y andar mucho. El médico me dijo que podía comer de vez en cuando un poco de todo, pero no como norma.

Mi cuerpo me dio un aviso y tuve suerte de cogerlo a tiempo para arreglarlo.

Ahora todo está bien, pero no quiero volver a ese momento.

Perdí peso porque mi dieta cambió, pero no lo hice para adelgazar. Lo hice para estar sana.

A mí nunca me ha disgustado mi aspecto. Solo cuando salía a la calle y de repente me veía horrible cuando

me señalaban con el dedo o se reían de mí. O cuando en vez de llamarme Yvania me decían «la gorda»...

Era muchas más cosas aparte de un culo gordo, la rubia o la más bajita... Señalar a alguien solo por sus defectos es horrible.

—Vale, lo siento. —Me abraza—. Soy una metepatas. Para compensarlo, te invito a la fiesta que dan los jugadores de fútbol en su casa. —Me pone morritos y, aunque no me gustan mucho las fiestas, como quiero que todo vaya bien entre nosotras, acepto. Me abraza otra vez—. Algo bueno debía tener ser la novia de uno de los jugadores: fiestas gratis y desmadre total. —Se ríe y suena su móvil. Veo una foto de su novio y de ella juntos en la pantalla—. Me marchó. Nos vemos pronto.

Me lanza un beso y contesta al teléfono de camino a la puerta.

Observo mi cuarto y saco el móvil para hacer fotos. Quiero mandarlas al grupo de familia.

Escribo a Casio, mi novio desde hace dos años, y al poco me llama.

Coloca el móvil para que lo vea jugar.

Está aún en su casa. No tardará en irse a su facultad, que queda a una hora de la mía. Es lo más cerca que hemos estado nunca el uno del otro.

Nos conocimos por internet en un juego. Yo quería aprender y él me explicó todo con amabilidad.

Dejé de jugar a ese juego, pero seguimos siendo amigos.

Sin darnos cuenta empezamos a ser algo más.

Sin conocernos, sin vernos, sin sentirnos..., y, cuando nos encontramos, todo fue precioso. Besos, arrumacos y la pérdida de la inocencia en una vieja cama de hotel. Dolió un poco, pero estaba tan absorta en él

que no me importó. Además, la primera vez a todas nos duele...

Todo parecía tan de película que, cuando nos despedimos, lloré como si no existiera un mañana. Me sentí la protagonista de mi propia historia de amor.

Eso fue hace seis meses y no nos hemos visto desde entonces.

Ahora que estudiamos cerca, nos veremos más, lo que hace todo esto más emocionante.

Al fin dejaremos de ser una pareja separada por la distancia.

Todo va a ser maravilloso.

Hablamos un poco de cómo ha ido el viaje y me cuelga cuando la partida se pone interesante, ya que lo pueden matar.

Me siento en la cama y miro mi nuevo hogar con un miedo creciente anidando en mi estómago.

Siempre voy de dura, para que nadie note que por dentro soy más débil que un fino y frágil cristal.

NERÓN

—¿Dónde está mi novio? —pregunta Romina entrando en la hermandad del equipo de fútbol.

—Se ha ido a comprar la bebida para la fiesta.

Pone morritos y se enreda el dedo en el pelo. Luego me observa coqueta y sé que algo quiere de mí.

Odio que use eso para conseguir cosas.

Con su novio hace lo mismo y a él parece no importarle cómo lo manipula.

Abre la boca y la corto alzando la mano.

—A lo que sea, no.

—No sabes lo que te voy a pedir.

—Búscate a otro idiota al que engatusar o, mejor, espera a tu novio y haz con él lo que quieras.

—Eso no es así. —Pone morros—. Además, solo te iba a preguntar si mi prima podía ir a la fiesta de mañana.

—¿Eres consciente de que va a venir todo el mundo que quiera?

—Bueno, sí y no. Si alguien no os gusta, no lo dejáis entrar.

Sonrío, porque eso es cierto. Aunque el más selectivo es mi primo Adriano.

—Eso háblalo con mi primo.

—Tú puedes decirle que quieres que entre mi prima y a ti no te negará nada.

—¿Y por qué crees que no la dejará entrar?

—Porque ella no es como yo. —Ya solo por eso siento curiosidad—. Es... menos atractiva y muy sosa. Su ropa parece sacada de una tienda para viejos.

—Con primas como tú nadie necesita enemigos.

—Solo digo la verdad. Parece una bibliotecaria y tu primo seguro que, al verla, piensa que es una sosa que le amargará la fiesta. No la dejará entrar.

Adriano aparece en la cocina y al ver a Romina pone mala cara. No la soporta. Bueno, aquí casi ninguno la soportamos. Es una interesada.

—Romina quiere pedirte que dejes entrar a su prima a la fiesta de mañana.

—Dudo que tenga problemas para ello...

—Parece un cerebritito.

Adriano mira a Romina y luego a mí.

—Entiendo. Pero ¿sabe divertirse o llamará a la policía por todo lo que pueda ver aquí y nos meterá en problemas?

No es que haya nada extraño. Adriano se encarga de que la droga ilegal no pase por la puerta, pero no queremos que la policía venga y ordene un registro porque sí.

—Pues no sé si sabe divertirse. Comer sí... Antes era gorda, pero por suerte ahora no. —Se ríe y mi primo y yo compartimos una mirada de asco por su forma de referirse a su prima.

—¿Cómo se llama? —pregunta Adriano, pasando ya de Romina, mientras mira el móvil.

—Yvania.

—Genial. Les diré que la dejen pasar —dice y luego va hacia la nevera—. Y lo peor de tu prima no era estar gorda o ser aburrida, es tener una prima como tú que la vende tan mal.

El borde de Adriano no se calla casi nunca lo que piensa. O lo amas o lo odias.

A mí me encanta cómo es, aunque llegar aquí nos cambió a los tres.

Pasamos de ser unos adolescentes locos que vivían a todo tren, en una vida de lujos, a convertirnos en algo más oscuro. Ninguno habla de cómo llegamos a este punto. Los tres hemos guardado bajo llave lo que tuvimos que hacer para conseguir ser de nuevo respetados y alcanzar lo que somos ahora en la universidad.

En el instituto jugábamos al fútbol. Éramos muy buenos y, gracias a eso, podíamos no ir a clase y acudir a las fiestas de nuestra familia o a los viajes donde les interesaba que estuviéramos.

Mientras fuéramos al partido, todo valía, porque éramos los mejores.

Solo por eso nos permitían todo.

Dábamos victorias a nuestro instituto y, bueno, nues-

tros padres pagaban mucho dinero al centro para financiar cosas.

Cuando llegamos aquí, nos dejaron entrar en el equipo por nuestra fama, pero nos tuvimos que ganar una oportunidad.

Nos tuvieron casi toda la temporada en el banquillo y ni siquiera éramos convocados a la gran mayoría de los partidos.

Cerca del final de la temporada, se jugaban la liga y el *quarterback* del equipo entró en pánico.

Me pidieron que afrontara el partido y demostrara por qué era el mejor.

Claro que el mejor es mi primo Adriano, pero él dijo que ni de coña iba a ser la estrellita del equipo otra vez.

Lo hice yo. Les di una victoria épica y me gané al fin mi puesto.

Mis primos hicieron lo mismo en los partidos siguientes.

Entonces dejaron de ignorar nuestro talento y, por ser los mejores, nos ganamos un lugar en la hermandad.

Cuando llegamos a la casa, los tres sabíamos que para alcanzar este punto nos habíamos perdido por el camino.

No dijimos nada.

Elegimos habitación y tratamos de olvidar las cosas que habíamos hecho para sobrevivir.

Pasamos de tenerlo todo a no tener nada al llegar a la universidad. Solo los estudios pagados por nuestros padres y nada más. Ni para comer nos llegaba. Tampoco para dormir.

A nuestros padres les pareció gracioso que no tuviéramos dónde dormir.

Juntos era más complicado encontrar un lugar y por eso nos separamos.

O eso propuso Adriano, y el resto simplemente aceptamos que no afrontaríamos esto juntos.

Cada uno consiguió un techo y comida.

De los tres, yo soy el más sociable, y eso que no suelo soportar a casi nadie. Después de lo que pasó, menos.

Mis primos son más callados. Son mellizos, pero no se parecen mucho, más allá de que ambos son selectivos con la gente.

Miro a Romina, que se pone a gritar cuando ve llegar a su novio y se va a besarlo como si no hubiera un mañana, mientras el pobre no puede con la carga.

Se la quito mientras su novia lo tira al suelo y poco les falta para montárselo a plena luz del día.

Entro en la casa y no puedo evitar sentir curiosidad por saber cómo será Yvania. Si es como su prima, la quiero lo más lejos posible. Con una Romina ya tengo suficiente. Además, por mucho que esta diga que no se parece a ella, hasta que lo vea, no lo creo.

Romina es egoísta y celosa. Si ve que alguien puede sobresalir por encima de ella, trata de machacarlo antes de que tenga la oportunidad de brillar.

Es una zorra de cuidado.

Ahora falta saber cómo es su prima.